

PREGÓN DE SEMANA SANTA

Palencia. 2 de abril de 2004.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades locales, provinciales, autonómicas y nacionales.

Sr. Presidente de la Hermandad de Cofradías Penitenciales.

Srs. Hermanos Mayores de las Cofradías, Archicofradía y Hermandades.

Sr. Presidente de la Junta Pro Semana Santa.

Señoras y señores.

Nadie es profeta en su tierra; y esta es mi tierra. La celebración local de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, unos hechos de constatación histórica, de fe y de costumbres, son los que rememora la Semana Santa que me corresponde pregonar por la amable invitación de la Hermandad de Cofradías Penitenciales y de la Junta Pro Semana Santa.

Toda mi gratitud por tan arriesgado encargo; encargo que se produce una vez en la vida; y que supone un hito singular en la insignificante historia personal de uno.

Mi saludo a cuantas palentinas y palentinos han acudido a esta sala a escuchar a un modesto compatriota que adora este terruño de Castilla; y que, a vuelta de las nostalgias que le produjeron durante años las piquetas que derribaban el marco de su niñez, ha retornado al primer amor telúrico que reside más allá de los genes; quizás en el núcleo del alma.

Tienen uds. derecho a conocer desde qué postura planteo una intervención que sobrepasa el mero carácter cultural: Claramente, desde la creencia: inmerecida, pero creencia. Bajo todos los condicionantes comunes a tantos, sin amparo ante la duda, con humanas zozobras, sin respuesta para todo; desde esa fe que Bergman define como “dulce tormento”, y Teresa de Jesús como “un tú a tú en las tinieblas”. Desde la misma fe que llevamos muchos de nosotros en vasija de barro, soportando la agonía de la historia, tan convulsa. Con pasmo ante el silencio de Dios frente al dolor lacerante del mundo, ante la desgracia insoportable, la opresión consciente y la injusticia que persiste; ante la sempiterna explotación del hombre por el hombre, la opulencia sobre la miseria, las guerras conocidas y las muchas desconocidas, la violencia doméstica, la esclavitud de millones de niños, el hambre como plaga en el siglo de la abundancia, las catástrofes, el terrorismo que en un santiamén arranca la vida a centenares de personas dejando un reguero de cadáveres y el dolor infinito clavado para el resto de la vida en sus familias; los miles de tiernos cadáveres de indefensos que ni siquiera encuentran sepultura porque acaban en las bolsas

asépticas y en las trituradoras de los modernos campos de exterminio de algunos centros de ¿salud? Así la tierra se nos aparece como lugar de infinito lamento.

Y en medio, la Semana Santa, marco para muchos de folklore, turismo, gastronomía, y vacaciones de sol y playa. 23 millones de desplazamientos informan los medios de comunicación, para estos días. En el trayecto de Madrid a Palencia acabo de escuchar cómo un locutor de una emisora nacional anunciaba la Semana Santa como “!la gran evasión!”. ¿La gran evasión...? ¡Pero si es “la gran implicación”!

Por otra parte, considero destinatarios de mi pregón a cuantos llenan este Salón de Actos de Caja Duero: A los creyentes; a los que dudan; a los escépticos, a los agnósticos e incluso a los ateos que pudieran haber concurrido a este acto por diferentes motivos. A los que cultivan su fe como el tesoro encontrado, sustento último de su existir; y a los que la perdieron, y viven la dramática inercia de esperar que el cono de su reloj se vacíe para retornar a la nada. Unos y otros habrán llegado a sus propias conclusiones. El deber consiste en buscar, porque el que busca encuentra o es encontrado. Espero que el postrer día no merezcan juicio las creencias sino el afán.

La única petición que he recibido es que evoque algunos recuerdos de mi Semana Santa en Palencia. Corresponden sobretudo a mi infancia. Cumpló encantado; pero, para no desvirtuarlas, enmarcando las vivencias en su duro contexto, tal y como figuran en mi memoria.

Uno emigró, niño aún, de Palencia capital hace muchos años, en razón de estudios, cuando otros lo hacían en razón de supervivencia. Las primeras Semanas Santas de las que guardo memoria se pierden en la aurora de mis tiempos. Con alfileres, y casi de milagro, se han prendido muy pocos recuerdos, siempre vinculados a la vida familiar. Quizás el primero, de cuando contaba unos cuatro años de edad, corresponde a una escena en que mi padre, en la cocina de la modesta vivienda interior que ocupábamos en la Calle Colón Nº 5, cargaba con una piña de plátanos a la espalda -de dónde la habría sacado, con aquella su más que ajustada economía?-, para amenazarme con su partida hacia el Himalaya si persistía en mi negativa a comer. También con mi padre, recuerdo claras faenas de Manolete en la antigua Plaza de Toros. Por cierto, al poco, y como primer brutal encontronazo del niño con la muerte, la noticia por radio de su trágico fin en el ruedo de Linares.

Era época aquella de presencia de la Parca en el ambiente: Juicios y ejecuciones de las que apenas llegaban rumores a través de confidencias incontrastables o de “Radio España Independiente. Estación Pirenaica”; tuberculosis terminales en el Sanatorio de El Monte el Viejo; aislamiento internacional; escasez, estraperlo, tristeza..... Y la palabra “guerra” por doquier:

había concluido la segunda mundial, dejando arrasada a la culta Europa, poco después del final de nuestra fratricida guerra civil: Ascuas aún ardientes de las dos Españas se levantaban ante mi mirada de niño, incapaz de comprender e impotente para actuar. “Si da la vuelta la tortilla, a papá le matan”, escuchaba de vez en cuando en casa, y se me helaba la sangre en las venas.

Por las calles, en las noches frías y abandonadas de marzo y abril, con aquellas luces mortecinas, a bombilla desnuda; con abrigo escaso y calzado único, mozalbetes vendedores del periódico local, pregonaban por las esquinas “!El Diario Palentino, con la lista del racionamiento! ¡Diario!”. Y la gente, como fugitiva, desaparecía en portales tan abiertos como oscuros, para refugiarse, al amor de la lumbre, en aquellas cocinas bilbaínas, fuente única de calefacción hogareña, y del poco agua caliente que había de cundir para todos los de casa.

Pues bien, vinculados a tal ambiente social y político, triste y amenazante, se sitúan mis primeros recuerdos de nuestra Semana Santa: es decir, en aquel entonces, de la Pasión y Muerte de Cristo a manos del “pérfido” pueblo deicida, a siderales distancias de la portentosa gozada de la Resurrección, carente de insistencias en aquel momento. (No juzgo, señores, el pasado y sus protagonistas desde la visión actual: las cosas han cambiado, y lo que les queda aún por cambiar porque es muy otro el reino utópico de fraternidad al que, aun sin conocerlo, todos aspiramos -“Señor acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”-; y hacia el que, sin duda, caminamos para vivirlo incluso desde la tierra: Un reino de verdad y de vida; de santidad y de gracia; de justicia, de amor y de paz. Ironías de la vida, el reino de un condenado a muerte: Jesús Narareno. “Te lo aseguro: Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”).

Contemplaba las procesiones desde el segundo piso de la citada calle Colón Nº 5, al borde de la huerta de las Clarisas; huerta sobre la que el progreso abrió una calle de altos edificios que, en la época, me parecía Manhattan. Vivienda exterior aquella, de mis tíos, en cuyos balcones nos acurrucábamos una legión de niños, en silencio reverencial, para recoger primeros planos del tremendo impacto visual de las santas imágenes, mientras se acercaban y se alejaban a ritmos bien acompañados por los tararús y por la banda municipal, en esa elegante cadencia a derecha y a izquierda...., en cortejos cerrados por las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, que tan distantes e imponentes se me antojaban: Y no era para menos, pues unas y otras decían serlo “por la gracia de Dios”.

Continuamos desde la visión del niño: Gigantescas las pesadas cruces que casi aplastaban contra el suelo a tantos cristos laicos; recios grilletes y largas cadenas, brutalmente sujetas a los tobillos, sonoras al frotarse con los adoquines, que hombres y mujeres penitentes arrastraban con sus pies descalzos. Su espectáculo me transportaba a un imaginario lleno de confusión, y a

consideraciones que sobrepasaban con mucho las limitaciones de un niño: Acudían mis mayores para aclararme que, seguramente, se trataba de pecadores que, arrepentidos de sus innombrables culpas, imploraban perdón; o deudos del Señor, al que, de manera tan descarnada, le mostraban gratitud por algún notable favor recibido.

Recuerdo bien que mis ojos esperaban la llegada de la Soledad, para detenerse en su rostro, y recorrer su tristeza y su llanto. Tan hermosa me parecía, tan delicada, tan sufriente tras el hijo martirizado. No podía menos que llevar la comparación a mi propia madre, e imaginar qué grado alcanzaría su sufrimiento en el supuesto de que yo, su pequeño hijo, fuera tratado de tan brutal manera. Y aun algo me parecía entender.- La luz de las velas brillaban casi tanto como sus lágrimas eternamente esculpidas en aquellas mejillas de dulzura infinita. Tan niño aún, no lo olviden, me quedaba boquiabierto ante los terciopelos de sus cofrades -de los que ya venía avisado de que se trataba de los ricos o, mejor, en expresión de la época (permítanmela, que la utilizo con todo el respeto hacia aquellos dignísimos hermanos), de los “ricachones” de la ciudad-, con sus largas colas: Que nunca entendí cómo no inventaban algo para evitarle, al elegante hábito, la suciedad de la calle: que eran tiempos de escasos recursos, a pesar de la segura buena voluntad de nuestros munícipes.

Recuerdo también con viveza mi mirada fisgona en torno al caballo de Longinos, ya que en casa circulaba la especie de que, años atrás, se le había montado un ratoncillo a sus grupas en plena procesión. Y elucubraba en torno a si el roedor se mantendría permanentemente al amparo del bíblico equino, y a las costas de su titular, lanceador del cadáver de Cristo para extraerle –si fuera posible aún-, alguna última gota de sangre y algún otro humor orgánico –agua, dicen los textos-, a modo de inacabable entrega del Señor más allá de su muerte; en una suerte de imposible superación del “Todo está consumado”.

Revivo también las enigmáticas miradas de los encapuchados cuando se cruzaban con mis pupilas infantiles: Cada cofrade se me presentaba como un sujeto fantástico, rebosante de misterio; misterio que se desvanecía, para mi desilusión, cuando arremangaban el antifaz, y descubrían su rostro.

Cómo olvidar la visita a los monumentos, sobretodo a los exquisitos de las iglesias al cargo de religiosas, con las tarimas brillantes de cera frotada, y crujientes al paso; con los sagrarios -luego mi padre, adorador nocturno, me haría comprender que eran “calvarios” también-, conmovedoramente decorados por el inmenso amor de aquellas mujeres a su Divino Esposo; amor que trataban de encarnar en los lienzos primorosamente bordados, en las flores recogidas en sus recoletos jardines monacales, en las múltiples velas que conducían mi mirada hacia la urna donde habitaba misteriosa, pero realmente, Jesucristo: Tan

entregado, callado y amante...; tan perseguido y torturado hasta la muerte también. ¿Por qué? Me parecía la ruptura de toda lógica semejante contraste.

Concentraba también mi mirada escrutadora sobre el preso liberado que, por aquellas mis simplificaciones, contemplaba como la encarnación de un nuevo “buen ladrón”. Y me quedaba en el alma una curiosidad por saber de su vida, de su casa, de sus hijos. En todo caso, le imaginaba, a partir de entonces, y sin más, un santo merecedor de los altares.

El Teatro Principal también enmarcó mis primeras Semanas Santas, al filo del uso de razón. Recuerdo que, sobre su escenario, un magnífico actor reconstruía al completo las escenas más descarnadas de la Pasión y Muerte de Jesús. Revivo a mis padres ponderándome la magnífica interpretación de Rambal, que así se apellidaba el protagonista. Aun admitiendo la sugestionabilidad del muchachito, uno se pregunta cómo, con los rudimentarios medios técnicos de la época, podía generarse, con suma dignidad, tal verismo que provocaba las lágrimas unánimes del público: de hombres y de mujeres; también las primeras mías de niño, los incipientes nudos en mi garganta, las mil emociones no experimentadas hasta entonces, pero que iban conformando la cámara más íntima de la intransferible vivencia religiosa de uno. Si pudiéramos trasladarnos ahora mismo al Teatro Principal, identificaría exactamente, a la vuelta de más medio siglo, incluso la localidad que ocupé: Me veo en el primer piso del anfiteatro, a la derecha mirando el escenario, más bien hacia atrás, casi donde se iniciaba la curva de aquellas butacas de simple madera; con mis brazos y mi cara apoyados sobre la barandilla..., y el alma quizás inundada de inocencia y de gracia.

Años más tarde, en la turbulenta preadolescencia -tiempos de la Preparatoria al Bachillerato en el Instituto Jorge Manrique-, la tenebrosa visión del drama del Calvario venía precedida por aquellas tremendas “misiones populares”, cuando el Dios amor y misericordia se ocultaba un tanto bajo la máscara del justiciero; y los predicadores nos prevenían del pecado con narraciones de casos horripilantes de jovencitos muertos en la noche, nada más pecar. (Doy por sentada la buena intención, e incluso la santidad y el mérito, de quienes nos trasmitían credos, perspectivas y valoraciones).- Las misiones, por cierto, dejaban siempre su recordatorio: En los laterales de los templos, grandes cruces negras con su peculiar “inri”: “Misión popular”, y el guarismo del año correspondiente.

Junto a todo ello, en casa, con muchos hermanos ya, la acogida de mis padres, quizás más amorosos aquellos días santos, y su invitación al recogimiento; y, cómo no, las torrijas que, bañadas en miel auténtica de la Alcarria, suponían un extraordinario anual que daba por buenas cuantas cuaresmas y abstinencias previas fueran menester.

A la edad de 10 años, mis itinerarios de Semana Santa abandonan las calles y los balcones de Palencia, para enclaustrarse en el silencio, en la seriedad prematura de quien -demasiado niño aún quizás-, creía sentirse llamado a servir a Cristo en la salvación de las almas. De casa, a través de extensas cartas de mi madre, y de otras más breves -pero igualmente transidas de fe profunda- de mi padre, me llegaban los ecos de Palencia, de los oficios en la Orden Tercera, de las procesiones, con las imágenes de siempre pero con espectadores nuevos, mis hermanos pequeños, cuyas reacciones y comentarios me venían tan detallados. Lejos de aquí se iniciaba mi periplo por otras Semanas Santas: En la apostólica de San Zoilo, en Carrión de los Condes, primero; más tarde en Comillas, cuya Schola Cantorum -meta para cualquier muchacho con buena voz-, interpretaba los Santos Oficios que retransmitía, a todo el país, nada menos que Radio Nacional de España; que era mucho en la época aquello. Enseguida, en un bello rincón de Pernía poblado por nuevos monjes, Lebanza. Y por fin, ya mozo y de regreso, en el caserón del Seminario Mayor de Palencia, junto a la iglesia de la Compañía.

Reencuentro pues con una pequeña parte de nuestra Semana Santa en vivo y en directo. De los balcones de la calle Colón, tras demasiados años de ausencia, a los Solemnes Oficios en la Catedral -con aquel formidable canto gregoriano-, al Santo Viacrucis en la Plaza Mayor, y a la Procesión General de la Pasión y Santo Entierro, por las principales calles de la ciudad. En un diario, que comencé a redactar en la Abadía de Lebanza, se refleja cierta incomodidad por participar en los desfiles procesionales. Veían que la vida de los seminaristas de entonces se enmarcaba en un extraordinario recogimiento, en 9 horas diarias de trabajo intelectual, en un silencio general -con lecturas incluso durante las comidas-; en la escasa charleta y los recreos contados; y en las salidas del seminario sólo las tardes de domingos bonancibles, para caminar por caminos alejados de la mundanal Calle Mayor y aledaños. Y de pronto nos veíamos en la escalinata del Ayuntamiento, el miércoles santo; y el viernes santo en mitad de las calles principales de la ciudad, vestidos de sotana negra y beca roja, expuestos a la curiosidad pública que los seminaristas, como seres peculiares en la época, suscitábamos.

Me resultaba lánguida la ejecución de los cánticos penitenciales, carentes -a mi seguro que torpe entender-, de mayor vigor y ritmo. Al cabo de los años, sin embargo, me conmuevo al recordar sus sentidas letras, y sus dignas melodías. Aquello de

“Amante Jesús mío: Oh, cuánto te ofendí. Perdona mi extravío, y ten piedad de mí; y ten piedad de mí.

¿Quién al mirarte -exánime, pendiente de una cruz, por nuestras culpas víctima-, expirar, buen Jesús...., de compasión y lástima no siente el pecho herido, habiéndote ofendido con negra ingratitud”.

O aquel otro cantar sollozante, sincero, colectivo: “Perdona a tu pueblo, Señor; perdona a tu pueblo, perdónale, Señor. No estés eternamente enojado; no estés eternamente enojado; perdónale, Señor”.

Y argumentaba el gentío contrito: “Por tus profundas llagas crueles, por tus salivas y por tus hieles..., perdónale, Señor.

Por tus heridas de pies y manos, por los azotes tan inhumanos..., perdónale, Señor.

Por los tres clavos que te clavaron, y las espinas que te punzaron..., perdónale, Señor.

Por la abertura de tu costado, por las tres horas de tu agonía..., ¡no estés eternamente enojado!; perdónale, Señor”.

Me llega del fondo de las entrañas una profunda emoción al evocar el tiempo pasado: una emoción sin duda compartida por muchos de ustedes a quienes me atrevo a sugerir que la recuperen este año, al paso de las procesiones, en aras de revitalizar su gratitud a Jesús Nazareno.

Con la racionalización que la madurez iba aportando, destacaba el tremendo contraste entre el Dios de justicia y el Cristo -“hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”-, al que suplicábamos que se apiadara, que nos perdonara..., cuando todo parecía indicar que ya había perdonado, pues que incluso imploraba, en aquella su plegaria psicológicamente inconcebible, “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. Y eso, en el ojo del huracán de un tormento humanamente insufrible.

Comentaba el cardenal Castrillón, al diario “La Stampa”, el otoño pasado, que “en el horror de la pasión, el amor brilla con más fuerza que la sangre misma; y que aquél, ante el cual uno ocultaría el rostro, puede ser contemplado con gratitud y amor”.

Tengo para mí que el temprano conocimiento de la Pasión y Muerte de Cristo, y su reiterada narración año tras año, nos ha llevado a la insensibilización. Me pregunto qué distinta hubiera resultado la reacción de cualquiera de nosotros al darse de bruces, en la madurez, con las noticias de aquella semana negra en Jerusalén: Que un hombre joven, del que se llega a asegurar que “todo lo hizo bien”; que muestra un corazón tierno en el perdón de tantas gentes, en la curación de tantas dolencias; al que un tosco pescador llega a decirle que no sabe dónde ir sin él, porque sólo Él “tiene palabras de vida eterna”; que llora ante la visión de su ciudad que prevé destruida; que da de comer a multitudes; al que se proclama líder social en manifestaciones con palmas y ropas tendidas a su paso....Que a este hombre, ni siquiera cuatro días después, se le vea abandonado, incluso por los suyos; apresado, torturado y elevado al patíbulo de una muerte horrorosa, tras horas de atroz tormento....

¿Cuál hubiera sido nuestra reacción ante el conocimiento repentino de semejante drama?

Como ha declarado Mel Gibson, autor de “La Pasión de Cristo”, película que hoy mismo se estrena en España, “las doce últimas horas de Jesús, desde la agonía en el Huerto de Getsemaní hasta la muerte en cruz, abierta a la resurrección, es la historia del más grande de los heroísmos, del amor más grande. La historia de un hombre extraordinario que da la vida por los demás. La historia de quien, consciente y voluntariamente, va a su pasión y muerte para salvar a los hombres de la muerte eterna. Ese misterio puede iluminar la vida de los hombres, sobre todo las dimensiones más oscuras y misteriosas como son el dolor y el pecado. El dolor y las heridas de Cristo en su pasión, las llagas en su rostro y en su cuerpo, tan duras a la vista, se revelen extraordinariamente hermosas cuando se descubren sufridas y soportadas voluntariamente por amor”.

Decimos que Cristo cargó con “nuestros” pecados: en plural. Prefiero el singular del “Tú que quitas el pecado del mundo”. ¡El pecado! Un bloque infinito, milenios de transgresiones, millones de seres humanos inmersos en dolor, muerte, náusea, falta de sentido. Jesús asume todo el pecado que consolida su cruz y la cruz de cada hombre, al que redime en su muerte, recupera en su Resurrección y lo incorpora a su Reino final. Resuelve así todo dolor concreto, todas y cada una de las muertes que cada día acaecen en el mundo, y todas las vidas, antes o después carentes de aparente sentido.

La visión redentora de su sangre, no deviene de una piadosa consideración inventada, sino que resulta de la afirmación de Cristo cuando pasa la copa a sus discípulos, en la última cena, al proponer y asegurar “Tomad y bebed mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados”. No es un mero detalle. Por eso, su sangre nos implica a cada uno. Y si alguno se siente ajeno, merece la pena que indague para darse razones de su “desimplicación”. “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”, deja de ser una vociferante reclamación de condena, para convertirse en la oración lógica y profética que nos corresponde.

La Semana Santa no supone mera ficción o recuerdo, pues lo que sucedió una vez adquirió persistencia para siempre. Potencia de Dios, incomprensible a los humanos, mediante la cual sucede hoy lo que ocurrió ayer, porque todo es presente para el Señor, al que denominamos en la gloriosa noche “Ayer y Hoy, Alfa y Omega, Principio y fin”. Los hechos de Cristo son perdurables. Si un día lloró, llora hoy; si un día huyó, huye hoy; si un día sufrió y murió, hoy gime y muere. Pero sobretodo, si un día resucitó, cada día resucita en la perenne síntesis del pasado, del presente y del futuro que le hace digno de todo honor y de toda gloria por los siglos.

De manera, señoras y señores, que les pregono la Semana Santa para que vivan, con la máxima realidad posible a su corazón, el dolor y el triunfo del Señor. Que no ejecutan ustedes una función de teatro, ni falsean la realidad, al ver el paso doliente de Jesús Nazareno por las calles de Palencia, ni al suscitar, con amoroso empeño, sentimientos de gratitud en la urdimbre del núcleo de su intimidad. Vuélquense, conmuévase, enternézcanse, lloren y vean si hay dolor semejante a ese dolor, y triunfo próximo al de Cristo. Y permítanse dejarse arrastrar por la emoción..., pues tocan realidad

Porque ¿qué pregonamos, señoras y señores? ¿Acaso un museo ambulante? ¿Arte? ¿Imaginería? ¿Antigüedades? ¿Peculiaridades locales? ¿Tradiciones?

Bien mirada, por la Semana Santa desfilan personajes que representan los perfiles humanos que vamos encontrando por la vida; quizás también en el interior de cada uno. Se trata de un drama, de enorme calado psicológico, que evidencia la contradicción y la ruptura íntima en que vive el hombre, tan limitado. Les invito a que, a medida que contemplan las figuras de la Pasión por las calles de Palencia, se pregunten cuánta similitud presentan con cada uno: Los entusiastas que aclaman a Jesús por las vías de Jerusalén, esperanzados por un reino terrenal, a pesar de las advertencias que cuajan precisamente en el interrogatorio ante Pilatos; y que, volubles, gritan su petición de muerte al cabo de pocas fechas: Ingratitud, olvido, traición, envidia.- Los fogosos que dicen disponer de valentía sobrada, pero que sucumben ante la comprometedor pregunta. Los que no pueden resistir el sueño y la pereza. Los que dicen defender al más débil, pero prefieren no arriesgar su status, y practican la disciplina de voto contra su conciencia. Los que ceden a la envidia, traicionan en consecuencia, y se venden por dinero. Los que cumplen órdenes criminales, y se escudan en la obediencia debida. Los que siguen desde lejos, por si acaso.- Aunque también pertenecen a la Pasión otros perfiles: Así, los que cargan con una cruz impuesta, pero la aprovechan para abrir sus ojos. (Me escribía hace poco un buen amigo, respondiendo a mi carta de pésame por la muerte de un ser muy querido para él: “Que la herida cicatrice en una mejor percepción de la hondura de este riesgo inevitable —el mero vivir- en que estamos inmersos sin escapatoria posible. Menos mal que la fe en el Resucitado abre horizontes nuevos”. También, los pocos que permanecen al pie de tantos patíbulos levantados contra el ser humano el día de hoy. Los que arriesgan su buen nombre por solicitar la entrega de un cadáver. Los que ceden la sepultura nueva a ese cadáver: al cadáver de un ajusticiado. Y tantos otros.

Semana Santa no son dos días: jueves y viernes. Semana Santa arranca el Domingo de Ramos, y concluye el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección. Se acumulan los sucesos en unas pocas jornadas. Compruébenlo en estos días hojeando los Evangelios: otra manera de vivir la Semana Santa.

Siguiendo tan sólo al evangelista Mateo, abre los siete días la entrada triunfal en Jerusalén. Pero no se produce un vacío hasta el Jueves, sino que suceden toda una serie de acontecimientos y de intervenciones de Jesús de enorme relieve: Su experiencia del hambre física y la maldición de la higuera; la discusión en pleno templo acerca de su autoridad que le deniegan sacerdotes y senadores; la propuesta de parábolas tan singulares como la de los dos hijos y la obediencia, la de los viñadores perversos, la de los invitados a la boda, la de los criados fieles, la de las doncellas vigilantes, la de los talentos... La consulta capciosa en torno al pago de tributos; las aclaraciones sobre la resurrección de los muertos; el señalamiento de los dos grandes mandamientos como quicio de toda la Ley; las durísimas denuncias públicas de la hipocresía de los de los letrados y los fariseos; el anuncio de la crisis final de la historia, y del juicio universal; la unción en Betania por parte de aquella enigmática mujer. Durante esa primera Semana Santa histórica, Jesús desarrolló una actividad inusitada: propia del que conoce su próximo fin, y quiere dejar arreglados todos los asuntos, y repartidos los últimos encargos y mensajes. No podemos reducirla, por lo tanto, a tan sólo dos días.

El jueves celebra Jesús con los suyos la famosa Cena Pascual de cuyo portento vive la comunidad de creyentes. Tan extraordinaria y ajena a toda previsión -me atrevería a decir, con tal grado de densidad y de locura-, resulta esa noche, que la Iglesia -pedagoga siquiera por su experiencia de siglos-, retoma determinados hechos en otros momentos del año. Me refiero al paso -en algunos lugares desfila también- de la Santa Cena o institución de la Eucaristía. “Dura es esta doctrina -decían-, quién puede escucharla”. Sin embargo, la predilección de Dios por cada uno de nosotros en su singularidad, otorga una lógica aplastante a su decisión de mantener su presencia viva bajo el pan y el vino; decisión que tanta continuidad otorga a promesas fascinantes del tono de “No os dejaré huérfanos”, o de “Estaré con vosotros hasta el final de los siglos”. Diríamos que la Eucaristía es consecuencia lógica y necesaria del amor de Dios al ser humano: no le quedaba al Señor otra opción que la de quedarse. Por lo tanto, aun entendiendo a Fray Luis -exigente de la presencia visible-, nos cabe rechazar su lamento en la Ascensión:

“¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?”

Los antes bienhadados,
y los ahora tristes y aflijidos,
a tus pechos criados,

de Ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les esa enojos?

¡Ay nube envidiosa
aun deste breve gozo. ¿Qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

Pues no es cierto que tal ocurriera. Figura en el epitafio que dejó escrito el Beato Manuel González para que cubriera sus restos al pie del sagrario: “Quiero que mis huesos, lo mismo que mi boca en vida, digan “Aquí está Jesús”.- Su soberana decisión de permanecer así entre nosotros también es Semana Santa. Por eso no resulta coherente acudir sólo a las procesiones. Miguel de Unamuno, el de la búsqueda atormentada, gemía en un crudo poema:

“Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,
¡oh, cordero de Dios!, manjar te quiere.

Quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón; y que su pulpa,
como maná celeste, se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua.

Que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne; y tus dolores
pasar, para vivir muerte de vida”.

Parecen tales versos un eco exacto de “mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, sigue conmigo y yo con él. Quien coma de este pan vivirá para siempre”. La de semejante anuncio fue una de las jornadas de mayor escándalo; tanto que dice textualmente Juan que “desde entonces, muchos discípulos se echaron atrás, y no volvieron más con él”.

Qué decir de la patética Oración del Huerto, que discurre por nuestras calles, donde hallamos -junto con las últimas palabras en la cruz-, la única respuesta al mal y al infinito dolor de los humanos: “Padre, si es posible, pase de

mí este cáliz”. Y, enseguida “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Dramático hundimiento personal de quien se despoja de su condición divina, para degustar todo el amargor de nuestras vidas concretas; también la oscuridad de Dios, el silencio de Dios que desconcierta al poeta:

“Mientras existan siervos y tiranos,
y en la tierra consientas tantos males,
no acabaré, Señor, de comprenderte”

La reciente pregunta de estos días en España: “Cuando el 11 de marzo se abatió la tragedia sobre tantos inocentes en Atocha, en Santa Eugenia y en el Pozo del Tío Raimundo, ¿dónde estaba Dios?”.

“Padre, si es posible pase de mí este cáliz”. Desgarradora súplica que anticipa la definitiva soledad en que Él se vio y, antes o después, todos nos veremos: “¡Padre, por qué me has abandonado!”. Grito patético que escuchó sin duda la Virgen, y que a Lope de Vega le hace exclamar:

“¿Qué sentiría su Madre
cuando tal palabra oyó,
viendo que su hijo dice
que Dios le desamparó?”

Y, suponiendo que la Virgen arranca a llorar al saber de tal supremo abandono, Gerardo Diego se ofrece:

“Déjame que te restañe
ese llanto cristalino.

Deja que, en lágrimas, bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.

¡Capitana de la angustia,
no quiero que sufras tanto!

¡Qué soledad sin colores!
Oh, madre mía, no llores.
¡Cómo lloraba María!
La llaman desde aquel día
la Virgen de los Dolores”.

Pero poco después, Jesús, a pesar del inimaginable abandono, exclama: “¡Padre, en tus manos me entrego!”. Discurren las filosofías; indaguen las psicologías; arguyan las lógicas. Elucubren, soporten, busquen, desesperen y definan al hombre, si les parece, como “un ser para la muerte”. O en el confiado abandono de Cristo ante el Padre -a pesar de todo-, encontramos luz frente al dolor, al sinsentido y al siempre temprano acabamiento personal –el suyo y el mío-, señoras y señores-; o la muerte, el dolor y el sinsentido focalizan nuestra vida, y destruyen sus cimientos y sus quicios.

Y se queda la Virgen, al pie de la Cruz, en nueva versión de Lope de Vega....

“Sin hijo, porque está muerto;
sin tierra, que todo es sangre;
sin aire, que todo es fuego;
sin fuego, que todo es agua;
sin agua, que todo es hielo.
Con la mayor soledad
que humanos pechos se vieron.
¡Cristo sin alma; y Dios muerto!”.

No sabían hasta qué punto decían verdad, en tiempos recientes, los sabios de este mundo, cuando clamaban “Dios ha muerto”. Cristo, verdadero Dios, verdaderamente ha muerto. Ahí radican el pasmo, la apertura al misterio, y la única salida eficaz al porvenir de cada hombre y de la historia.

El pregón ha de ser breve. Prescindo por tanto de evocar el resto de los sucesos de aquellos días, representados en nuestros pasos, porque, pronto, quizás todos veamos “La pasión de Cristo”, cinta que -según la mayor parte de los juicios que he podido recopilar-, presenta un balance positivo, y quizás genere en nosotros sentimientos similares a los del poeta Rafael Sánchez Mazas:

“Delante de la Cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando;
y, sin ellos quererlo, estén llorando
porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios que dicen mis desvíos
quédenseme, Señor, así cantando;
y, sin ellos quererlo, estén rezando
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así, con la mirada en Vos prendida;
y así, con la palabra prisionera

como la carne a vuestra Cruz asida,

quédeseme, Señor, el alma entera;
y así, clavada a vuestra Cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis, me muera”.

Pero al menos he de referirme al colofón de aquella semana febril de Cristo: A su Resurrección. Hay un detalle precioso en el “Programa Oficial de actos, cultos y desfiles procesionales de la Semana Santa”, tan primorosamente editado por la Hermandad de Cofradías Penitenciales y por la Junta Pro Semana Santa Palentina, con el apoyo –que hemos de agradecer en todo lo que vale-, de la Junta de Castilla y León, del Ayuntamiento de la capital, de la Diputación Provincial, de las Cajas España, Duero y Laboral.- Hay un detalle, digo, relevante; y es el título del texto que firma nuestro Obispo: “Feliz resurrección”. Claro, esa es la clave: la Resurrección, sin la cual la Semana Santa quedaría reducida a un espectáculo sadomasoquista; o, en palabras del apóstol Pablo, a una cuestión de insensatos. Él hablaba con conocimiento de causa, como incrédulo que fue, y colaborador en la persecución de los primeros seguidores de Jesús. Puso el dedo en la llaga, sin miedo, con la lucidez del que no obvia el sentido común: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”. Pero aporta, además del propio, otros testimonios; y escribe: “Se apareció a Cefas y, más tarde, a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía; otros han muerto. Después se apareció a Santiago. Más tarde, a todos los apóstoles. Por último se me apareció también a mí”.

Pero -más convincente aún que sus palabras-, a partir de entonces vivió y murió para el Resucitado. Y como él, los doce asustadizos; y algunos otros, pocos y simples. No obstante aquellos precarios inicios, señoras y señores, llevamos más de 2000 años de difusión de una noticia increíble -“¡Ha resucitado!”-, donde radica la más insólita utopía, la más radical de las revoluciones –“no hay mayor amor que dar la vida por el amado”-, y la única esperanza (no nos engañemos). Lo que, al menos, nadie en su sano juicio puede afirmar es que, tras la sepultura de Cristo, “no ocurrió nada”. No resulta mentalmente sano cerrarse a la razón. Millones de hombres y mujeres de todos los tiempos han entregado su vida, y la entregan hoy, a ese muerto, resucitado.

De Domingo a Domingo, a diferentes horas del día y de la noche, recorrerán Palencia, una y otra vez, nuestros pasos tan entrañablemente identificados: Santísimo Cristo de la Vera Cruz, del Perdón, de la Misericordia, de Medinaceli, del Otero de San Pablo; Nuestro Padre Jesús Crucificado; Jesús Nazareno; Cristo Atado a la Columna; Cristo Yacente; Jesús con el Cirineo; Nuestra Señora del Dolor, de la Soledad, de la Amargura, de la Vera Cruz; Virgen de los Siete Dolores, de la Piedad; La Quinta Angustia; Santa Vera Cruz-

Lignun Crucis, Lavatorio, Oración del Huerto, Coronación de Espinas, Lágrimas de San Pedro, Verónica, Erección de la Cruz, Longinos, Descendimiento, Santo Sepulcro. Títulos todos ellos que más parecen súplicas, y que reflejan la devoción de los palentinos por cuanto rodea al Señor en sus horas amargas. Lo mismo podríamos afirmar de las denominaciones de las cofradías y hermandades, venidas de siglos atrás o recientes, tan impregnadas de devoción: Cofradías Penitenciales del Santo Sepulcro, de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Madre la Virgen de la Amargura, de Jesús Crucificado y Nuestra Madre Dolorosa; Cofradía Penitencial y Sacramental de la Santa Vera-Cruz; Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad; Archicofradía de la Real e Ilustre Esclavitud de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli; Hermandad del Santísimo Cristo de la Misericordia, y Hermandad Franciscana de la Virgen de la Piedad. Gratitud inmensa la que debemos los palentinos a tantos paisanos que, a lo largo del año, cuidan y veneran las sagradas imágenes, y aportan su tiempo y su esfuerzo para mantener viva nuestra Semana Santa.

No soy quien para ponderar el valor artístico de nuestros pasos que, por otra parte, uds. conocen con amplitud, y de los que pregoneros precedentes habrán rendido amplia y documentada cuenta.

Pero válgame a mí evocar con inmenso respeto a los autores de las tallas: anónimos u olvidados en el tiempo, o contemporáneos. Cada escultor, como decía Juan Pablo II en su carta al mundo del arte, “con apasionada entrega busca nuevas «epifanías» de la belleza para ofrecerlas al mundo”.

Los creadores de las imágenes de la pasión expresan el bien más grande, que es el amor hasta el extremo de dar la vida; y, mediante su intuición artística, como decía también el Papa, “van más allá de lo que perciben los sentidos y, penetrando la realidad, intentan interpretar el misterio escondido”.

Precisamente de los artistas se acordaba Pemán tras contemplar al Señor crucificado:

“!Cristo de la Buena Muerte,
el de la faz amorosa,
tronchada como una rosa,
sobre el blanco cuerpo inerte
que en el madero reposa.

¿Quién pudo de tal manera
darte esta noble y severa
majestad llena de calma?

No fue una mano: fue un alma

la que talló tu madera”.

Y Gabriel y Galán, que explica así la inspiración del artista:

“Y el amor, el imán de las almas
le acercó la visión del Cordero:
la visión del dulcísimo Mártir
clavado en el leño.

Con su frente de Dios dolorida.
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
Con su boca de Dios sin aliento...
¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos, muerto!”.

Pues bien, sobre esos mismos ojos esculpidos de Cristo y de María de nuestros pasos, se han venido depositando, a lo largo de los años, las miradas de quienes ya duermen el sueño de la paz. En esos ojos coinciden el pasado, el presente y el futuro. Querido amigo y amiga palentino: Sea cual fuere su edad, sienta usted la electrizante emoción de considerar que en los ojos de nuestros Cristos y de nuestras Vírgenes dolientes su mirada converge con la mirada de sus antepasados: con las de aquellos entrañables abuelos, con las de sus amados padres, con las de sus hermanos, quizás con la de aquel hijo que fue llamado al Cielo antes que usted a través de una fulminante enfermedad o de un accidente. Y piense que cuantos le sigan en la ocupación de este mundo depositarán también su silente oración en esos mismos ojos. De manera que, en esta maravillosa convergencia de miradas por encima del tiempo, alcancemos una vivencia anticipatoria de la cohabitación que disfrutaremos todos en la Gloria, en virtud sola y exclusivamente de la Pasión y Resurrección de Cristo: de los hechos de la Semana Santa.

Si tomáramos altura sobre la ciudad de Palencia, y nos mantuviéramos así a lo largo de los próximos días, observaríamos el trasiego incansable del Señor. Comprobaríamos como un fervoroso ir y venir de Jesús Nazareno por nuestras calles, buscándote, buscándome, buscándonos con tan febril afán, que bien pudiéramos preguntarle cada uno de nosotros con el poeta:

”¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,

pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el Ángel me decía:
"Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía"!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana!

Permítanme, señoras y señores, que les invite a enhebrar, las procesiones penitenciales próximas, a su vida diaria. El anticipado caminar de Cristo por nuestras calles en Semana Santa, las inunda de fulgor para que, cuando las recorramos en el ordinario vivir de cada día, sepamos que repetimos un camino alumbrado por Quien se acredita como Luz del mundo. Las mismas calles que verán tantas afanosas idas y venidas de cada uno de nosotros a lo largo del año: calles que te van a recoger a la salida de ese hospital donde habrás recibido una dura notificación; calles, quizás camino de Pan y Guindas, para dejar el cuerpo adorado de cualquiera de tus seres más queridos e imprescindibles. Por esas calles pasó antes Jesús para convertir tu trayecto en esperanza, y salirte al encuentro sirviéndote de Cirineo, pues que tanto nos animó al decirnos "Venid a mí cuantos estéis cansados y agobiados por la vida, que yo os aliviare". Calles que también conocerán la primavera, la risa y la alegría, de tantos días felices como suele proporcionar la existencia. Escúchale decirte, en el silencio de las procesiones que te esperara desde la azotea, cada día, para impedirte el largo discurso exculpatorio que has preparado; para llenarte de besos; para prepararte un gran banquete -envidia de hermanos-; para saltar de gozo precisamente por ti.

No vuelvan a sentirse, señoras y señores, nunca más solos en las calles de Palencia, ni en los imprevisibles cruces del azar, pues que Cristo va delante de ustedes abriendo camino; que esa es la Semana Santa que pregonamos. Así toda alegría sobrepasará las más elevadas cumbres, y todo dolor alcanzará un superior y último sentido.

Nuestro tributo y culto es sólo Cristo, "Dios de Dios, Luz de la Luz, Dios verdadero de Dios verdadero". Su Pasión y Muerte obedecen a que "en el mundo estaba y, aunque el mundo fue hecho por él, el mundo no le conoció. Vino a su casa, pero los suyos no le recibieron".

¿Qué decir de los propios cofrades, impulsores voluntarios del esplendor de la Semana Santa? ¿Qué recogimiento, aun bajo los capirotos, qué actitud orante, qué ejemplo no han de dar al colectivo de los que contemplan los pasos?

Y entrando a más, ¿qué decir de la ejemplar concordia que ha de esperarse entre las diferentes cofradías y hermandades? Es loable la emulación por alcanzar las cotas máximas de belleza y distinción en imágenes, decoración de oratorios, hábitos y orden; pero con la clara conciencia de que sirven a un Reino que no es de este mundo, y en el que los valores se invierten: “El que entre vosotros quiera ser el primero, que se haga el servidor de todos”. Una rara propuesta, a la contra de los usos habituales, dirigida también a los cofrades a los que Cristo, siempre tan agradecido, como a María en Betania, les dice: “Vosotros habéis elegido la mejor parte”.

Ojalá que el previsible surgimiento en el tiempo de nuevas cofradías y hermandades provenga únicamente de la manifestación de nuevos carismas; de la explosiva multiplicación del don de la caridad; nunca del distanciamiento. Por ello, es admirable el proceso de renovación y de purificación constante que llevan uds. en Palencia, en forma tal que no se contentan sólo con seguir imágenes de Cristo y de la Dolorosa en las meras representaciones que dictó el arte; sino que ven al Señor en todo hombre y en toda mujer; y de manera especial en los relegados de este mundo porque “lo que hicieréis con uno de estos, conmigo lo hacéis”.

Y ese rigor en el mantenimiento del auténtico sentido de la Semana Santa merece ser defendido para bien de todos: de los creyentes, de los dubitativos, de los escépticos, de los agnósticos y de los ateos. Las mezcolanzas resultan nefastas incluso para la cultura. Porque en torno a estas santas fechas se generan fenómenos turísticos tan inevitables como imprescindibles para el desenvolvimiento social: Pero es de esperar que los creyentes mantengamos claros los criterios; y, con la eficacia del ejemplo que arrastra, aportemos edificación a quienes contemplen nuestras procesiones, incluso desde posiciones exclusivamente laicistas; de manera que retornen a casa de alguna manera impregnados del misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

La Semana Santa es un peregrinar que simboliza nuestro recorrido de los caminos a la búsqueda del tiempo de la liberación, al encuentro con la tierra nueva y los cielos nuevos -cuando Dios sea todo en todos-; hacia las puertas, en fin, de la Jerusalén celestial. No se trata de un mero sacar a la calle los depósitos de nuestro rico patrimonio; sino de la hondura de convertir en visible el itinerario interior de cada mujer y de cada hombre, en el seguimiento de Cristo, “Camino, Verdad y Vida”. Porque, señoras y señores, ¿a quién iremos si no? Como ha dicho Gibson, “con este Hebreo tendremos que vérnoslas todos, después de la muerte”.

Señoras y señores, la Semana Santa de nosotros, los palentinos, gente de buena pasta y sensata, nos ofrece un cúmulo de consideraciones de hondo calado, a poco que alcemos la mirada más allá de nuestro pequeño horizonte, y

percibamos un mundo que sufre dolores de parto porque la Jerusalén celestial aún no ha colocado las banderas sobre sus últimas cúpulas.

Mis mejores augurios para esta Semana Santa del año 2004 en Palencia. Mi reiterada gratitud, como pregonero, por la invitación recibida, y por su paciente escucha.

Cierro el pregón; pero me falta el broche de oro. Para conseguirlo, repongo en su memoria un poema perenne, que sin duda conocen, pero que nunca se agota. Un poema para rezarlo al pie de la cruz. Un poema que rebosa entusiasmo, y gratitud a Jesucristo:

“No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno, tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor: muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera”.

Queden ustedes con Dios. Hasta siempre.

Ángel Lafuente Zorrilla